

*Una cultura para la paz*  
Federico Mayor Zaragoza

A mí siempre me ha gustado hacer algo que estuviera en relación con José Monleón, porque así tengo la oportunidad de escucharle y de aprender de una de las personas que está contribuyendo más a crear lazos y tejidos de hebras multicolores, que maneja como nadie. Es el teatro y es lo que escribe y es lo que dice y finalmente esto es lo que hoy nos interesa. He dicho muchas veces que tuve ocasión de conocer el silencio de los silenciados, el silencio de los amordazados en el año 1961, cuando estuve por primera vez en la URSS, como bioquímico. Entonces conocí lo que representaba la paz de la seguridad que es la paz del silencio. Pasado el tiempo he conocido otro silencio, que me preocupa mucho más que el silencio de los silenciados que es el silencio de los silenciosos: el silencio de los que pudiendo y debiendo hablar no lo hacen. Es el silencio de las instituciones, que por su notoriedad científico-académica, permanecen en silencio cuando a escala internacional o nacional se toman medidas que pueden afectar de manera muy grave a la dignidad humana. Sobre todo, pueden afectar a las condiciones, a la calidad de vida de las generaciones futuras. En este caso no comprendo cómo se puede permanecer callado. Hablar tiene su precio. Por esto me encanta que José Monleón me invite de vez en cuando a acompañarle, para elevar la voz alta de la paz y la justicia.

Hace años, siendo un profesor de bioquímica, joven, fui a Oxford, donde tuve la oportunidad extraordinaria de trabajar con el profesor Hans Krebs (Premio Nobel en 1953), uno de los grandes de la bioquímica de todos los tiempos. Al llegar al condado de Oxford - saben que los ingleses se caracterizan por que casi nunca escriben nada en inglés en sus emblemas, haciéndolo en francés o en latín - leí que el lema del condado era “Sapere aude” (“atrévete a saber”). Me pareció tan importante! Y pensé que efectivamente, lo que hay que hacer es conocer muchas cosas. Al cabo de un tiempo, sin embargo, pensé que era mucho más importante lo contrario saber atreverse. Ir a contracorriente era más importante que el conocimiento. Un gran físico, una persona que revolucionó, Albert Einstein, dijo en determinada ocasión que “en momentos de crisis, mucho más importante que el conocimiento es la imaginación”. Creo que estamos hoy en un momento de crisis de esta naturaleza. Les voy a mencionar a otro personaje que desde hace años ha inspirado buena parte de las cosas que yo he tratado de hacer en favor del primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que para mí es el acontecimiento más

importante del siglo XX. Aquel 10 de diciembre de 1948, ¡qué maravilla!... “Todos los seres humanos son libres e iguales en dignidad. Todos están dotados de razón y se relacionan entre si fraternalmente”. Pues bien, si pudiéramos aplicar este artículo primero estaría todo solucionado. A favor de la igualdad escribió un personaje al que reconocemos más por otras de sus dimensiones creadoras como pintor, como escultor, como inventor, porque diseñó algunos aparatos. Me refiero a Leonardo Da Vinci. Leonardo escribió una pequeña narración, que se refiere a un barco en momentos de bonanza: "A bordo se reconocen unos a otros... uno es negro, el otro es blanco, uno es joven, el otro es viejo, uno rico, el otro es pobre, uno es mujer, el otro es hombre"... De repente, se desata una tempestad y todos súbitamente se dan cuenta, en ese estado de zozobra, que el barco puede irse a pique. "De pronto, ya no hay a bordo ni ricos ni pobres ni viejos ni jóvenes ni mujeres ni hombres: no hay más que pasajeros que comparten un destino común”. Es decir, se igualan todos ante un gran desafío. Es irrelevante que sean hombres o mujeres, blancos o negros, ricos o pobres. Es irrelevante porque lo que se están jugando ahora es mucho más que eso: se están jugando la propia vida.

Pienso que en el momento actual, cuando hablamos de los grandes problemas que hoy enfrenta la Humanidad, cuando seguimos en una civilización de fuerza, de la ley del más poderoso, es lógico que volvamos la vista hacia años tan densos como los 40 y 50, porque eran años de tensión humana. Por eso fueron tan creativos. Fue al término de la Gran Guerra, con holocausto, con genocidio, con prácticas abominables de exterminio, cuando se produjo esta sensación de “basta ya!”. Esto no puede volver a repetirse, tenemos que reunirnos todos, tenemos que tener - también a escala internacional - unas pautas, unas normas. Tenemos que tener justicia; tenemos que ser iguales; tenemos que hacer que estas asimetrías desaparezcan... “Existía tensión humana porque aquellos ojos habían visto cosas horribles y aseguraron que no querían que sus hijos viviesen lo ellos que acababan de vivir. Así que, en San Francisco, proclamaron solemnemente “Nosotros los pueblos...”(no dijeron “Nosotros, los vencedores”; no dijeron “Nosotros, los estados...”, dijeron “Nosotros, los pueblos... todas las culturas, todas las lenguas, todos) hemos decidido evitar a nuestros hijos el horror de la guerra”. De esta manera empieza la Carta de las Naciones Unidas.

La Constitución de la U.N.E.S.C.O. inicia su preámbulo así: “Puesto que las guerras nacen en las mentes de los hombres, es la mente de los hombres donde deben elevarse los baluartes de la paz”. Es un verso de un poema de Archibald Mc Leish, uno de los grandes poetas norteamericano de entonces. En San Francisco, en la Carta, se vive esta tensión que les

hace olvidar quién ha ganado, quién ha perdido: todos podemos cambiar el rumbo de los acontecimientos, todos podemos cambiar las tendencias actuales.

Un Premio Nobel de Química, Ilya Prigogine, aplicó la química de las tensiones a la producción creativa que es distintivo de la especie humana. Hoy los bioquímicos, los genéticos, ya han descifrado el lenguaje de la vida. Ya sabemos cómo funcionan la mayoría de las reacciones propias de los seres vivos. Podemos establecer cómo va a comportarse un insecto, un perro, cualquier ser vivo, porque ya conocemos las “señales”, conocemos el lenguaje y podemos interpretar lo que sucede. Es un comportamiento lineal, con una excepción: la especie humana. ¿Por qué? Porque la especie humana tiene una capacidad distintiva, absolutamente desmesurada, que es la capacidad de crear, la capacidad de pensar, la capacidad de imaginar, la capacidad de inventar, la capacidad de innovar. Esta capacidad hace que puedan encontrarse soluciones inesperadas, o que se inventen. Ya lo dijo Aníbal: "Buscaremos los caminos y, si no los hay, los inventaremos". Es en lo inesperado donde está nuestra esperanza. ¿Quién podía esperar que, hablando de discriminaciones étnicas, aquel régimen abominable (yo lo he vivido y se lo puedo decir a ustedes, era abominable), el “apartheid” racial en Suráfrica... quién podía imaginar que un prisionero llamado Nelson Mandela, después de 27 años en la cárcel (los últimos 8 años y medio en Rubben Island, en la Isla de las Serpientes, frente a la Ciudad del Cabo)... quién podía imaginar que en aquel ambiente Nelson Mandela, en lugar de fermentar odio, animadversión, radicalidad, agresividad, estuviera fermentando brazos abiertos, manos tendidas, estuviera llegando a la posibilidad de terminar con aquel sistema perverso? Sucedió porque era inesperado. Nelson Mandela hizo lo contrario de lo que podíamos suponer que haría.

Los grandes momentos de inflexión de la Humanidad se han debido a esta creación, a esta invención de nuevos derroteros, de nuevos caminos, de nuevos rumbos. Pero para esto es necesaria la tensión creadora: cuando los químicos quieren realizar una reacción química, lo primero que se hace es calentar con un mechero, porque tiene que haber encuentros, tiene que favorecerse la interacción entre las moléculas. Si no es así, dice Ilya Prigogine, cerca del equilibrio no sucede nada. Se necesita esta tensión para que haya una mutación, para que haya una transformación. Lo mismo pasa con la capacidad creativa: se produce lejos del equilibrio, porque hay tensión, pasión humana. Cuando ya no hay pasión puede haber compasión, es decir, puede haber este sentimiento de solidaridad en relación a los demás. José Martí escribió: "Sólo de la desventura nace el verso". Hombre! No sólo de la desventura, también puede nacer de la gran ventura, pero

quiero decirles que es cierto que es en los momentos en que no vemos prácticamente nada cuando una pequeña hendidura que deja entrar un poco de luz puede ser una gran inspiración. Si estamos rodeados de luz no echamos de menos esta pequeña señal que puede llevarnos a encontrar nuevas formas de hacer frente, nuevas formas de encarar los grandes desafíos de nuestro tiempo.

Otro poeta, Jesús Massip, del bajo Ebro, escribía en un libro suyo, llamado “El libro de las horas”, que “las horas vuelven y nos encuentran instalados y dóciles. A mí es ésta una de las cosas que más me preocupa, en relación a los que tanto debemos. Nosotros somos los padres de unos hijos que no nos han pedido venir y, claro, no les podemos decir que ya estamos “instalados y dóciles”. La palabra que utiliza Massip en catalán es todavía más fuerte: “fets i docils”, es decir, “hechos”, como si al ser maduro y estar “hecho” ya no se tuviera capacidad de reacción, valentía, coraje. Precisamente por eso decía al principio que me encantaba estar con José Monleón. Es verdad: no nos deben encontrar hechos y dóciles. Cuando vuelvan las horas nos tienen que encontrar indóciles, nos tienen que encontrar con esta capacidad de buscar caminos, de inventar, de crear, que es nuestra desmesura y nuestra esperanza.

Europa, que podía ser uno de los grandes lugares de tensión, de compasión, de observación del conjunto de la humanidad, de darse cuenta de que somos 6.100 millones de personas a bordo y no sólo unos cuantos privilegiados que vivimos en esta parte de la aldea global... somos unos cuantos, el 17%... y el 83% restante está fuera de este barrio de prosperidad material... Europa, en lugar de abrir las ventanas y ver cómo podemos ser “Nosotros, los pueblos”, es decir, ser todos ha hecho lo que con frecuencia se hace para proteger una cultura, y que constituye un error craso: hacer lo contrario, cerrar las puertas, cerrar las ventanas. Incluso veces hacemos algo peor: ponemos en los cristales de las ventanas una sal de plata y los transformamos en espejos. Y nos miramos al espejo y decimos: “Qué bien, qué bien está yendo Europa!”. Ésta es una pequeña parte de Europa, con una serie de raíces muy importantes. De lo que no cabe duda es que no hemos abierto las ventanas, que nos hemos olvidado de mirar ... incluso a nosotros mismos. No hemos mirado un poco más allá del Estrecho de Gibraltar, tampoco hacia el Este. En una palabra, hemos reaccionado como instalados. No hemos tenido la capacidad creadora. La capacidad creadora de los últimos años ha sido muy significativa en América Latina. No ha sido en Europa el lugar donde se ha producido esta creación. Hemos estado demasiado atentos a lo que pasaba en el Norte, más allá del Atlántico, y hemos ido perdiendo la tensión humana que nos lleva a saber vivir juntos.

Otro tema que quería abordar rápidamente es el de la precisión terminológica, que como científico me preocupa mucho. Hablamos de “diálogo de civilizaciones”. ¿Diálogo? No he visto casi nunca que haya habido diálogo. Ha habido invasiones, ha habido el predominio de la cultura de unos pueblos que, a veces, también eran muy heterogéneos en sus culturas y en sus lenguas, y que se han impuesto sobre otro, para formar primero una amalgama, después un crisol. Sin embargo, hay muchas culturas que han quedado más yuxtapuestas que fundidas. A qué precio de sufrimiento muchas de estas invasiones y las mezclas culturales que conllevan, han producido buenos resultados. Desde hace unos años, la multiculturalidad tiene una naturaleza distinta: la “mezcla” ya no se produce por una invasión, un ejercicio de fuerza. Se realiza por la atracción, que llega a ser absolutamente irresistible, que ejercen sobre los que viven muy mal las costas de la abundancia. Recuerdo cuando una tarde visité en Pretoria al presidente Nelson Mandela. Antes había vuelto a uno de los lugares que más me han impresionado: en Johannesburgo, además de Soweto, hay un barrio que se llama Alexandra TownShip. Allí hay aproximadamente unos 400.000 ciudadanos y ciudadanas de raza negra que viven en medio de las basuras, en medio de los estercoleros, en medio de los desagües, y cuando hablaba con ellos me decían que “al principio esperábamos, después sólo aguardábamos, ahora ya no aguardamos nada”. Fíjense ustedes cómo cambia la sensación de espera. Llega por fin Nelson Mandela, el primer presidente de color, y todos piensan que “ahora muchas cosas van a cambiar, vamos a tener una primera calidad de vida mínima, ahora podremos decir que somos ciudadanos iguales en dignidad con los demás”... y, de momento, se dan cuenta de que pasa un mes y pasa un año, dos, tres y aquel “apartheid” racial, que se había superado no va acompañado de la superación del apartheid social. Se lo comenté, angustiado, al Presidente Mandela y respondió que estaba haciendo todo lo posible... pero que los grandes poderes eran muy reticentes al cambio.

Desde un punto de vista social, de condiciones de vida humanas, el mundo sigue estando, no ya como estaba antes, sino que ha empeorado. Tenemos que tener en cuenta estas circunstancias cuando analizamos los flujos migratorios, cuando nos preguntamos qué está sucediendo. Pues está sucediendo que no hemos cumplido las promesas que les hemos hecho desde hace muchos años (desde octubre de 1974): les ayudaríamos en las necesidades más perentorias y a tener acceso al conocimiento, con el 0.7% del PIB de los países más desarrollados. Ellos tienen más sabiduría que nosotros: yo no he encontrado nunca mayor sabiduría que en mis conversaciones con las mujeres africanas, porque quizá han tenido que inventar de una manera cotidiana y muy sencilla la manera de superar cada

día las condiciones adversas. Pero lo que es cierto que no les hemos dado lo que les habíamos prometido. Los países más adelantados les dijimos que les ayudaríamos para que pudiesen al menos contribuir a la explotación de sus recursos naturales. Y no ha sido así. Es más, en los últimos años incluso hemos decrecido aquel 0,7% que les habíamos prometido, que hubiera permitido, no sólo desde un punto de vista económico sino desde un punto de vista cultural, desde un punto de vista medioambiental, que hubiera habido muchos países que salieran un poco a flote. No se ha hecho. Hemos ido hacia atrás y hemos sustituido las subvenciones por los préstamos. Los préstamos favorecen a los prestamistas, muy pocas veces favorecen a los prestatarios, sobre todo, en las condiciones draconianas en que se han dado la mayor parte de los préstamos

Por estas razones, tenemos que conocer la realidad y ser muy cuidadosos con la terminología. Cuando hablamos de culturas no podemos confundirlo con civilización, y cuando hablamos diálogo tenemos que saber lo que significa diálogo y si se dan las condiciones para este diálogo o no. Cuando hablamos de los distintos países de una forma despectiva, porque los contemplamos desde nuestra cultura, desde nuestra riqueza tradicional, desde este mosaico que es, por ejemplo, España, con tantas culturas distintas, con lenguas, con modalidades de expresión, nos creemos que tenemos la suficiente altura intelectual para ir, por ejemplo, a África y decirles: "Miren: éste es el modelo que ustedes tienen que seguir". Pues no, no es nuestro modelo el que deben seguir. Tenemos que decirles: "Queremos ayudarles a que ustedes pongan en marcha el modelo que ustedes desde hace tanto tiempo vienen pensando". Porque, además, tienen un gran tesoro para ponerlo en práctica: la experiencia de cada persona". Es lo único que realmente vale, es lo que tenemos que utilizar. Por eso una de las mejores pautas para favorecer esta interacción permanente es la escucha. Con frecuencia no tenemos en cuenta la experiencia adquirida por tantas personas. Pensamos que hay unos que tienen las fórmulas y otros que tienen las necesidades. No es así. Las fórmulas las tienen aquellos que cada día están haciendo frente a un reto. A mí me lo recordó de una manera genial una maestra de un pueblecito en Burkina Faso. Estábamos allí con el Presidente y las personalidades del país. Al final me dijo: "Me ha gustado lo que han dicho, pero ¿por qué ustedes, la UNESCO, UNICEF, las ONG, siempre vienen a darnos consejos en lugar de venir a escuchar los nuestros?". La única manera de que el diálogo pueda ser una realidad es alimentar su propia autoestima. Cuando hablamos de continentes como América Latina o África, y hacemos juicios con gran ligereza sobre la corrupción, siempre pienso en una pregunta aparentemente fuera de lugar al hablar de diálogo intercultural. En Toronto, hace unos años, en un congreso, se hizo una pregunta en relación a África y algunos de los

expertos arremetían contra la variedad de lenguas, en comparación con el eje vertebrador que suponía el inglés y el francés... También hablaban de la corrupción. Entonces se levantó alguien y preguntó a quién pertenecía África. Esto es exactitud terminológica! ¿A quién pertenece África? ¿Por qué no hacemos las cuentas de a quién pertenece África? ¿Por qué no hacemos las cuentas de cuánta gente muere al día? Pero como mueren en el olvido, como mueren de manera invisible, no los contamos; sólo contamos a los vivos, que viven en el barrio próspero. Sólo contamos a los que mueren en este barrio próspero. ¿Contamos los 50 mil que mueren todo los días de hambre? Se lo digo con toda sinceridad, no se puede hablar de diálogo mientras en los barrios más menesterosos vivan hacinados y haya gente que se muera sencillamente de hambre. ¿Han pensado alguna vez que el cincuenta por ciento de la humanidad no tiene agua corriente y por tanto no tiene facilidades higiénicas, mientras hablamos de la globalización de los medios de comunicación? La mitad de la humanidad, unos 3.000 millones de personas, nunca han hecho una llamada telefónica. Esto tenemos que saberlo para hablar de diálogo.

En 1989, cuando pensábamos que tras la caída del muro de Berlín obtendríamos los “dividendos de la paz”, resultó que seguimos en una cultura de guerra: “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Así que hacemos aquello para lo que estamos preparados: gastamos alrededor de 2.000 millones de dólares al día en armamento. Además, hemos ido, poco a poco, eliminando los escenarios en donde estaban los “pueblos” y ahora ya no estaban los pueblos. Ahora están los poderosos, los G-7, los G-8. En una palabra, democracia a escala local pero plutocracia u oligocracia a escala internacional. Mientras persista esta situación de total impunidad a escala internacional, mientras podamos tener corporaciones inmensas (algunas de ellas tienen unos medios financieros y tecnológicos superiores a treinta estados en el mundo), mientras tengamos estas asimetrías, será muy difícil que tengamos este diálogo de culturas, este diálogo de los pueblos que es absolutamente imprescindible para que se corrijan tantas tendencias que en estos momentos no nos permiten augurar el porvenir que se merecen nuestros hijos en el aspecto medioambiental, ético, cultural o económico y social. Por eso se proclamó en la Carta: “Evitar a nuestros hijos el horror de la guerra”. Ahora tenemos que esforzarnos incansablemente en evitar que nuestros hijos y nuestros descendientes se encuentren con desafíos que sean muy difíciles de encarar, si desde ahora no transitamos desde una cultura de guerra y de enfrentamiento a una cultura de diálogo y de paz.